

CACERÍA

Hoy he pospuesto la experiencia
a favor de un mito breve de caridad
donde la lluvia y la conciencia paralela
se perciben al mismo tiempo,
el ojo místico cedido al pasto,
la mente en vela con su hueco de agua,
y más allá el diluvio previsible,
el lodo con los atributos del espíritu,
lento y aglomerado y dispuesto
a cubrir una extensión vacía
hasta mermar las esquinas del patio,
mezclar la pureza del territorio
con el miedo y otro instante
que atraviesa esa orilla de piedra,
el moho y la idiosincracia de sus bordes,
las grietas del mal agujero en la losa
donde he visto la cacería
del gato repentino y el pájaro sin nombre
en la misma viga de una luz diagonal,
sus dos latidos entre cada punta,
el salto del lomo arqueado
y las plumas sueltas entre las gotas
cuando las garras atrapan
el aleteo tan agudo
que parece inventado por las uñas

para interrumpir el silencio
de una muerte que cambia de naturaleza,
un diente por otro diente,
un pico sesgado y no la otra mejilla,
ninguna compasión duradera
que separe el intento de un acto perfecto,
la víctima tan precisa como el verdugo
en esta escena bajo la lluvia
que no detengo con la mano
encharcada en la sangre,
ni oculto el desperdicio
que deja el gato en la tierra insepulto,
apenas acuñado por un arroyo pasajero
cuando la noche se aproxima
y la visión encabalgada
con el rastro del día
revela que la matanza fue marginal,
un dato, no un destino,
esta muerte en las afueras,
esta muerte por la boca,
igual en cada caso,
aunque medre con la culpa fortuita,
el amago redentor de un cómplice
que se abstuvo cuántas veces
para que el gato puliera hasta el fin
o hasta la blancura esas alas abiertas.

Tedi López Mills

